LA VERDADERA ESPERANZA NOS LLAMA

En los últimos meses, seguramente se ha vuelto recurrente escuchar la palabra esperanza, pero no en su sentido positivo, sino que, todo lo contrario: “perdí la esperanza”; y si no se dice, se piensa, se siente. No cabe duda de que el panorama nacional, sumado al gran golpe de un virus inesperado ha hecho crecer este tipo de afirmaciones, que pueden ser ciertas, pero jamás definitivas, jamás absolutas.

Y es que existen muchos tipos de esperanza, que mutan y varían al igual que un virus. Está la esperanza de tener más, de poseer, de verse mejor, de aparentar, de figurar y cuántos más deseos que se traducen únicamente en algo terrenal, intrascendente y muchas veces pasajero. Sin embargo, hay un tipo de esperanza que, al aferrarse a ella, nutre el espíritu humano. Que una vez entendida y asimilada se convierte en el motor de la vida, en un pilar indestructible, en un arma letal contra todo el mal que tanto el mismo hombre, como la naturaleza y los acontecimientos de la vida provocan. Se trata de una esperanza que no entrega dinero, belleza ni placer. Se trata de algo que da paz, energía, fortaleza, vida.

> “Y no solo la creación, sino nosotros mismos, que tenemos los primeros frutos del Espíritu, gemimos interiormente mientras esperamos ansiosamente la adopción como hijos, la redención de nuestros cuerpos. Porque con esta esperanza fuimos salvados. La esperanza que puedes ver no es esperanza. Porque ¿quién espera lo que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, lo esperamos con paciencia”

Esa esperanza llamada Cristo, se fortalece en su Palabra y la vida eterna que nos promete. Que importante es para el hombre nutrirse de lo verdaderamente importante, de lo que le asegura plenitud y no un placer pasajero. Pero lo valioso de esta esperanza no se queda ahí, porque la misma fuente de ella nos ha dejado todo lo necesario para que alcanzarla sea algo ordinario de todos los días, y no un solo momento de inspiración.

> “¿Por qué voy a inquietarme?
> ¿Por qué me voy a angustiar?
> En Dios pondré mi esperanza,
> y todavía lo alabaré.
> ¡Él es mi Salvador y mi Dios!”

¿Cuántas veces depositamos nuestra confianza en algo que no nos devuelve nada? Dios es lo único que puede hacer frente a los agobios que se nos presentan en la vida, porque es lo único infinito e inmutable, que tiene como directriz una sola palabra: amor.

> “Pero los que confían en el Señor
> renovarán sus fuerzas;
> volarán como las águilas:
> correrán y no se fatigarán,
> caminarán y no se cansarán”

Habiendo dicho eso, e insertándolo en nuestro panorama actual, es de carácter esencial que los jóvenes se sientan interpelados no solo a nutrirse de tan graciosa esperanza, sino que

también compartirla, para quienes no han tenido la suerte de vivirla. Lo anterior no hace falta explicarlo, nuestro contexto lo exige y el cristiano cuyo camino no es más que la vida eterna no debería titubear en presentarse en el campo de batalla, que no deja fallecidos por balas, sino que por ausencia. El cambio esta en hacerse presentes, animados por la esperanza de hacer de este mundo uno mejor, apoyado en lo que verdaderamente fortalece el espíritu humano.

Es por eso que el punto de partida consiste en apoderarse de la verdadera esperanza y hacerla vida, para que el fuero interno de quienes tienen que cambiar el rumbo de la historia, que se ha alejado de lo importante, tenga la plena certeza de que no está solo, si no que acompañado de la fuerza más poderosa y el amor más infinito que existe, confiados en "que el Dios de la esperanza los llene de toda alegría y paz a ustedes que creen en Él, para que rebosen de esperanza por el poder del Espíritu Santo".

No creo que exista mejor puntapié inicial para el cambio de era que se acerca que el disponer de un corazón lleno de esperanza, de su inmensa gracia y de su infalible palabra. Como jóvenes, debemos con el amor de Cristo, encender la esperanza de todos quienes no tienen la mecha para ello, porque una vez encontrada, esta jamás se apaga. Y no es cualquiera, sino que la verdadera esperanza la que nos llama.